

La cotidianidad del vuelo: una etnografía de la experiencia migratoria

The daily happenings of the flight: an ethnography of the migratory experience

Por Maíra Mendonça Nóbrega*

Andrea Stefanía Sierra**

Resumen: Narrar nuestras vivencias, vernos desde fuera, leernos, son algunas de las ideas que se materializaron en una etnografía de nosotras mismas, de nuestras experiencias migratorias en el intento de celebrar la migración mediante la escritura, pero también de poder denunciar la violación de nuestros derechos, de los derechos de las y los migrantes, de las mujeres que trascienden fronteras. En el presente trabajo nos proponemos relatar varias de nuestras experiencias y sentires migratorios, al tiempo en el que dejamos de manifiesto algunas de las injusticias naturalizadas en la cotidianidad del y de la migrante.

Palabras clave: Migración; experiencias; derechos; mujeres

Abstract: To be able to tell our experiences, have a look from outside and read ourselves, these are some ideas that made this article born, an ethnography of ourselves, of our own reality as migrants, willing to honor migration by means of writing, but also denunciate violations of rights, of women who transcend borders. This article intends to show some of our experiences and feelings about being migrants and also expose some of the injustices that migrants live daily.

* Psicóloga y narradora oral. Maestranda en Investigación e Intervención Psicosocial, Universidad Nacional de Córdoba (UNC). e-mail: mairadomundo@gmail.com

** Psicóloga. Maestranda en investigación e Intervención Psicosocial Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Integrante docente del Proyecto de Investigación "Trayectorias migratorias y laborales en territorios rurales y urbanos del norte de la Patagonia", perteneciente a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (FaDeCS) de la Universidad Nacional del Comahue (UNCo). e-mail: andrea.sierra@hotmail.es

Key words: Migration; experience; rights; women

Fecha de recepción: 21/02/2019

Fecha de aceptación: 27/06/2019

I. Introducción

“Hemos borrado las fronteras recorriendo nuestros caminos, atravesando el mar, colando, para reencontrarnos aquí en la solidaridad de mujeres que luchamos, no sintiéndonos extranjeras por nuestras diferentes nacionalidades, nuestras culturas, nuestras lenguas. Hemos logrado romper estos esquemas de pertenencia a un país, a un padre: lo que nos puede hacer sentir extranjeras es el Discurso!”
Mujeres en el I Encuentro Feminista de Latinoamérica y el Caribe.
Bogotá, Colombia. 1982.

En el presente trabajo nos proponemos realizar una observación etnográfica de nuestra cotidianidad, atravesada por el deseo que un día nos impulsó a traspasar fronteras, a volar, a migrar. Nos preguntamos entonces por el “extranjerismo” y qué hace justamente que, en medio de la trayectoria migratoria, te sientas extranjera¹ aun cuando ya se ha podido lograr algún tipo de adaptación y naturalización para con el nuevo lugar en el que te encuentras. En cada relato buscamos también denunciar diferentes formas de vulneración de los derechos de las y los migrantes en Argentina, los mismos que atentan contra la Ley 25.871² y que en pequeños y grandes actos se encuentran ya naturalizados, siendo parte del cotidiano de nosotras y nosotros, migrantes.

Quienes elaboramos el presente escrito somos dos mujeres orgullosamente viajeras, viajeras en el tiempo, en las letras, en la vida y en la geografía. Un día, no

¹ Comprendemos el concepto de extranjera bajo la definición de estar en un lugar, país, diferente de aquel de origen, así como la percepción subjetiva de no pertenecer al lugar en que se está actualmente (sensación que muchas veces acompaña a los migrantes que retornan a sus territorios de origen).

² Ley Nacional de Migraciones, sancionada en el año 2003.

cualquiera, tomamos la decisión de empacar nuestras ilusiones y partir de nuestros respectivos países: Brasil y Colombia. Hoy, Argentina es el escenario en el que continuamos construyendo sueños, forjando encuentros y preservando recuerdos. Juntas compartimos no sólo el hecho de haber emprendido un viaje y todo lo que ello significa, también tenemos como interés investigativo, en el marco de la investigación e intervención psicosocial, la migración. Nos pareció entonces que un ejercicio en el que pudiésemos observarnos a nosotras mismas, en el que dimensionáramos cómo la migración nos interpela en nuestra cotidianidad nos permite una mayor lectura acerca de nuestro lugar como investigadoras, como mujeres y como migrantes.

Sabemos que bajo los roles anteriormente mencionados ocupamos algún lugar de "privilegio" pues la trayectoria migratoria que viven muchas mujeres en el mundo debe traspasar no sólo los límites fronterizos, sino también aquellos nublados por la discriminación y segregación. Nosotras pretendemos narrar, etnográficamente, la realidad de dos mujeres migrantes de algún modo atravesadas por la academia, que, en medio de nuestras peripecias, poseemos los medios y recursos para continuar formándonos con estudios de posgrado, para hacer también lo que nos gusta y atrae profesional y laboralmente. Poseemos plena conciencia que en diferentes latitudes del mundo la realidad de muchas mujeres que migran es completamente diferente a esta. Es por ello que este abordaje etnográfico pretende ser también una oda a todas y cada una de esas valientes mujeres.

II. Migración

"Lo que más amo es sentir cómo viajo a través de la corriente de la vida".

Anaïs Nin

Una de las definiciones de la Real Academia Española para migración es "desplazamiento geográfico de individuos o grupos, generalmente por causas

económicas o sociales"³, podría decirse que dicha definición apenas roza la complejidad del fenómeno. Pues, al final, ¿qué es lo que se desplaza cuando se migra? La migración está directamente ligada a la idea de movimiento. Personas que dejan los espacios sociales que le eran familiares van hacia otros, convirtiéndose, aunque no lo deseen, en exóticas en el nuevo lugar al que llegan. Así migran cuerpos, historias, saberes, anhelos, historias y, de manera irreversible, identidades-subjetividades.

Identidad, construcción compleja que atañe al yo soy, mantiene estrechos vínculos con los lugares por lo que cada persona o grupo transita. El lenguaje, la memoria, las prácticas sociales se desarrollan y tienen sentido en determinados espacios de manera que la migración genera una discontinuidad tanto en quienes se mueven como en quienes se quedan. Tomando la referencia de Da Matta (1997), irse de casa implica dejar un espacio de familiaridad y mediana armonía por otro ámbito con diferentes reglas y prácticas. En la migración el espacio de la "casa" entra en crisis ya que los vínculos, rutinas e historias que la constituyen se rompen.

El cotidiano de la persona recién migrante se hace "calle", ya que en un primer momento carece de espacios que le sean familiares y en los que se le reconozca como parte y no como ajena. De a poco cada grupo o persona migrante forjará nuevas "casas" hasta el punto en que casa y calle ocuparán espacios equitativos.

Se podría hacer una analogía entre la "calle" en el sentido de Da Matta (2007) y la sensación de extranjería. Esta se da cuando no se comparten los códigos de tiempo, espacio y la memoria colectiva de la sociedad a la que se llega. La extranjería puede llegar a ser aún más aguda cuando quienes migran deben aprender a convivir en un idioma diferente de aquel en el que ha sido socializada desde los primeros años. Además, no se puede obviar que la migración puede ser más o menos difícil según el lugar que el puerto de destino le asigna a las personas migrantes:

"(...) cada sociedade ordena aquele conjunto de vivências que é socialmente provado e deve ser sempre lembrado como parte e parcela do seu patrimônio como os

³ Real Academia Española (2016). Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=PE38JXc>

mitos e narrativas-, daquelas experiências que não devem ser acionadas pela memória, mas que evidentemente coexistem com as outras de modo implícito, oculto, inconscientemente, exercendo também uma forma complexa de pressão sobre todo o sistema cultural” (Da Matta, 2007).

Así, la identidad también se transforma, esto es, migra de un antes a un después, no sólo por lo que se dice y siente en cuanto al yo soy, sino también por la nueva red de significados en la que se empieza a transitar. Las y los sujetos migrantes se alejan de los mitos y narrativas que le eran familiares y se incluyen, paulatinamente, en otras, las constitutivas del lugar al que llegan. Esos fenómenos se observan a posteriori, en el curso de la experiencia migratoria.

De migración podría decirse que mucho sabe la Argentina, más allá de la migración europea que gestó todo un imaginario social y compartido sobre la argentinidad misma “todos los argentinos son descendientes de europeos”, este país tiene la Ley Nacional de Migraciones nro 25.871 que concibe la migración como un derecho, es también país destino de colectivos migrantes fronterizos, tales como bolivianas y bolivianos, chilenos y chilenas, paraguayos y paraguayas, entre otros, convirtiéndose así en uno de los países de América Latina con mayor índice de migrantes. Argentina debe ser cada día mayormente consciente de que su historia migratoria no sólo es construida por el relato de los europeos que arribaron en barcos, las resistencias de los cuerpos de migrantes en las calles dan cuenta de la presencia de africanos, africanas, latinos, latinas, asiáticos y asiáticas, los mismos y mismas que nos organizamos en defensa de la Ley, con el propósito de irrumpir en el imaginario social compartido: no toda la población migrante es europea, como no todos los y las argentinas son descendientes de europeos. Con esto último reivindicamos también la lucha de los pueblos originarios y de las diásporas africanas en la República Argentina, convencidas de que sus existencias preceden y cuestionan la colonización.

Asimismo, respecto a la discusión migración y género que posiciona a la mujer migrante como protagonista, es posible señalar que para Cea-Merino, Galaz y Montenegro (2015) es de gran importancia concebirla en “un rol activo en la

estructuración de la sociedad” (p. 135). En este sentido, es de gran relevancia atender la participación de estas mujeres en nuestra sociedad, que a su vez es transformada por ellas. O lo que se traducen en términos de la autora: “las mujeres se han ido convirtiendo en agentes activos y visibles de los procesos migratorios, ejerciendo incidencia en la transformación social, política y cultural de la sociedad” (Cea-Merino, Galaz y Montenegro, 2015, p. 35). Así las cosas, es posible señalar el rol activo de la mujer en lo que respecta a la migración.

En esta medida, tendríamos a un sujeto mujer migrante que en este rol activo de la sociedad puede vivir diferentes opresiones que entrecruzan su vida. Judith Butler (2009) afirma que “las mujeres y las minorías, incluidas las minorías sexuales, están, como comunidad, sujetas a violencia, expuestas a su posibilidad o a su realización”. En este sentido, queremos resaltar el lugar de opresión que nos posiciona ser migrante, pero además mujer, convencidas también de la resistencia y agencia que nos acompaña.

Finalmente, en este trabajo se conocerán dos experiencias de migración en dos apartados titulados “observación etnográfica No. 1” y “observación etnográfica No. 2” en la número 1 se encontrará todo el abordaje realizado por la migrante que partió de la tierra con aroma de café: Colombia; y que a su vez tendrá una serie de observaciones señaladas por día y momento específico, estas responden a una bitácora realizada por la autora donde registra sus primeros días en la Argentina. Y en la número 2 el abordaje de la migrante que trascendió el país de la samba y la alegría: Brasil. De esta forma el y la lectora podrá encontrarse con cada una de nosotras y de nuestras cotidianidades.

III. Observación etnográfica No 1: “Tenés una tonada re linda, sos colombiana ¿no?”

“El futuro es mío en tanto vivo.”

Clarice Lispector

III. 1. Migraciones por vez primera

Neuquén capital, Patagonia Argentina.

Son las 7:28 de la mañana, es posible darse cuenta cuál es la oficina de migraciones porque en la entrada hay una rampla de aproximadamente dos metros que separa la puerta de la banquina, hay cerca de 4 mujeres, 2 nenitos y un hombre de aparente nacionalidad boliviana o peruana, digo aparente por la vestimenta de las mujeres, polleras largas y muy coloridas, una de ellas cargaba a un bebé en su espalda como en las culturas indígenas y/o pueblos originarios suelen hacerlo. A medida que avanzo para entrar al lugar, se me acerca la mujer de pollera rosa y en un idioma desconocido para mí, parecía una lengua indígena, me preguntaba algo que sólo entendí cuando llevó su mano a su muñeca como señalando el reloj, le dije “¡ahh la hora!” y asintió alegremente. Allí comprendí que si ya había podido entender a alguien que no habla castellano, seguramente podría con algún argentino o argentina. Pues como muy bien explica este autor:

A menudo, los movimientos del cuerpo son comprensibles más allá de las fronteras culturales; gozan de una amplitud de comprensión más grande que las diferentes lenguas orales a través de la proximidad geográfica de esas sociedades, los intercambios culturales, la difusión de una especie de *lingua franca* gestual por intermedio del turismo o los medios de comunicación. (Le Breton, 1999)

Esta imagen, ya un intercambio cultural de este tipo, fue para mí la señal más clara que allí estaba migraciones, ya que el letrero que tiene, y del que tiempo después me percaté, está algo opacado por el tiempo, difícil de leer.

Una vez he traspasado el umbral y estoy dentro del lugar se dirige a mí una lluvia de miradas, una sala de espera cuya dimensión estaría cerca de los 15mts² totalmente llena, 12 sillas, unas rotas, otras sucias, totalmente ocupadas, y a su alrededor gente de pie, esperando a ser llamados. Tomo un turno y emprendo la marcha en medio de todas las personas que me observaban como señalando que la mayor atracción en un momento así puede ser lanzar la mirada contra quien abre y hace resonar la puerta ubicada justo al frente de ellos una y otra vez. Encuentro un pequeño lugar en el que puedo pararme a esperar mi turno, observo el lugar, las paredes de un color blanco de años atrás, con partes en exceso manchadas con aspecto a suciedad, otras partes, como el techo, con rincones apoderados por la humedad y los baños, ubicados a la derecha y a medio metro de quienes esperamos, con letreros, hechos a marcador, de "clausurados". De repente, hago parte de las miradas apresuradas a observar quién traspasará el umbral cuando la puerta suena, como avisándonos que alguien se aproxima; "parece rusa, o alemana" me digo a mí misma mientras detallo, junto con buena parte de los demás, a una mujer muy alta y pelirroja, quien rápidamente se percata de lo lleno que se encuentra el lugar y con un gesto de frustración decide entrar. Allí comprendí que no estaba nada aburrido empezar a "adivinar" el país de donde venía quien atravesara el umbral, que en un lugar como ese una actividad como esa puede ser un buen intento de entretención.

Los funcionarios son cerca de 4, atendiendo en una misma mesa alargada que se ubicaba justo al frente de los que esperábamos y al lado de la puerta, 3 hombres y una mujer que gritando un número van llamando de a poco, todos uniformados, con un chaleco azul en lana encima de una camiseta blanca y pantalón negro. Emprendo el mismo ejercicio, de mirar hasta adivinar el país de providencia con las personas que me rodean y de las que, junto conmigo, hacemos parte de la sala de espera. Creí haber encontrado chinos, bolivianos, bolivianas, senegaleses, franceses y españoles, me guiaba también no sólo por lo que observaba sino también por lo que oía, de repente una sinfonía tallada por la multiculturalidad de tonadas, idiomas y acentos. Fue la primera gran sensación de estar fuera de mi país, de sentirme extranjera, era un espacio

muy pequeño y abandonado, lleno de tantas personas de diferentes partes del mundo, y colombianos, aún no, ninguno.

Le Breton (1999) menciona que “en los movimientos de la comunicación el individuo olvida que las palabras o los gestos que produce inconscientemente fueron modelados por sus relaciones con los otros”. Aquí comprendo, que, en medio de la multiculturalidad que decoraba ese lugar, algo de mí intentaba buscar colombianos para volver a algún tipo de complicidad o familiaridad, pues siguiendo la línea del autor, gran parte de mi forma de comunicarme es moldeada en mis modos de relacionarme con los otros, en este caso, los otros que, al igual que yo, son colombianos.

El tiempo transcurre y por fin escucho, en tonada argentina y voz alta, el número 76, el mismo que tengo en mi mano en un pequeño papelito. Me acerco a la mesa alargada y quien me atiende es un hombre, días previos había consultado toda la documentación en la Web, por lo que ya llevaba los papeles que se requerían para empezar el trámite de una residencia que me permitiese estar en la Argentina por un tiempo mayor a los 3 meses que da el pasaporte. El hombre me revisa mis papeles y al intercambiar un par de palabras me doy cuenta que la pregunta más repetitiva en él hacia mí es “¿eh?” no lograba escuchar bien qué le decía yo, al notar su tercer “eh” empecé, de un modo casi inconsciente, a hablar de una manera más pausada de modo tal que él pudiese entenderme y yo no tuviera que repetirle una y otra vez, recuerdo que al sentarme nuevamente a esperar un segundo paso del trámite me quedé pensando en la solución rápida que le hallé a la situación: hablar a un ritmo tan lento para que el otro comprenda cada palabra, esa acción me hizo darme cuenta, una vez más, que no estaba en mi país, y que a pesar de usar el castellano como lengua común, esto de comunicarme en Argentina no iba a ser tan fácil. Busqué recuerdos de las veces en las que en Colombia tuve que repetir tres veces la misma frase, cada vez de un modo más pausado, y fueron nulos. Esta búsqueda del recuerdo fue instantánea, casi automática. “Para confirmar y rememorar un recuerdo, no hacen falta testigos en el sentido común del término, es decir, individuos presentes en una forma material y

sensible” (Halbwachs, 2004). En mi recuerdo habían testigos, sujetos pero no eran materiales en el momento mismo de ser evocado.

Parte de este trámite consistía en ir a un banco y pagar una tasa migratoria por dicha documentación, posteriormente acercarse nuevamente al lugar y entregar el comprobante de dicha transacción. Esto sucede una vez me llama por segunda vez el mismo hombre, esta ocasión bajo mi nombre, me entrega lo que sería el recibo a pagar, prosigo a dirigirme al banco. Al llegar debo pedir un turno, 63 personas debía esperar para poder llegar al número que me había tocado. El escenario aquí era un espacio muchísimo más grande y amplio, cerca de 70 sillas, limpias, en buen estado, era un banco. Realizo el pago y me dirijo nuevamente a la oficina de migraciones.

Al llegar entrego el recibo de pago cancelado y me informa, el mismo hombre que me había atendido, a medida que me hace entrega de una hoja con mi foto y mis datos (nombre, número de documento, entre otros) que éste documento será mi identificación durante los próximos meses, agregando:

“se tardará tu DNI algunos meses, esta residencia PRECARIA deberá renovarla cada tres meses viniendo aquí, en el caso de los colombianos el DNI suele tardarse un poco más porque estos papeles se envían a Buenos Aires y ellos consultan antecedentes con la INTERPOL”.

A lo que yo respondo, con tono de asombro y casi que exigiendo una repuesta, “¿por qué hasta la interpol, y por qué sólo colombianos” el hombre, con una leve sonrisa, agrega “Yyy no sé, capaz que por lo de Escobar⁴, visteee, qué sé yo. Igual son trámites que desde aquí no podemos hacer mucho, como te decía deben ser enviados a Buenos Aires”. Emprendo mi marcha dispuesta a abandonar el lugar, un sinfín de interrogantes me acompañaban bajo una sensación de indignación y frustración. Ahí me sentí más extranjera que ninguna vez, de repente x número de personas que no conozco deben consultar mis antecedentes a la interpol porque las narconovelas estereotipaban e invadían buena parte de Latinoamérica y el mundo, porque Sierra,

⁴ Pablo Escobar, narcotraficante colombiano.

mi apellido, podría tener algún vínculo con Escobar. Me visitó el extrañamiento, el anhelo y deseo por estar en mi país y no tener que dar explicaciones, bajo mi parecer, absurdas sobre mi nacionalidad.

“(…) en la medida en que cedemos sin resistencia a una sugerencia que nos llega de fuera, creemos pensar y sentir libremente. Así es como la mayoría de las influencias sociales a las que obedecemos nos pasan con mucho más motivo, cuando, en el punto de encuentro entre varias corrientes de pensamiento colectivo que se cruzan en nosotros, se produce alguno de estos estados complejos en los que hemos querido ver un acontecimiento único, que sólo existirá para nosotros” (Halbwachs 2004).

Así lo sentí yo, de repente era una constante de simultáneas corrientes de pensamiento, impulsadas por las acciones de todos y todas presentes en la escena, incluso de los que no se encontraban materialmente, como las personas de Buenos Aires, los de la Interpol, etc. Todo daba a la sumatoria de un estado complejo único, que sólo yo podía vivirlo y sentirlo, sólo yo, la extranjera.

Luego de haberme tomado el colectivo, cuyas ventanas estaban completamente cerradas con las cortinas, la gente durmiendo o mirando fijamente a un punto, decido sentarme en una de las pocas sillas vacías, una silla en la ventana, de repente, y casi que en un automatismo, corro las cortinas abriéndole paso al leve sol que había, noto cómo algunas personas se dan cuenta de que entra el sol, voltean a observarme y continúan en sus meditaciones. Nuevamente me percató que no es Colombia y que no soy argentina. Comienzo un cuadro comparativo entre un colectivo colombiano y uno argentino, me percató que no hay música en el lugar, generalmente el conductor coloca alguna emisora o música a un volumen que llega a todos los pasajeros, aquí no, la gente en un colectivo colombiano están hablando entre sí, aquí no, las ventanas están completamente abiertas, casi que no existen colectivos con cortinas, aquí sí. Halbwachs (2004) menciona que:

“(…) cuando volvemos a una ciudad donde hemos estado anteriormente, lo que percibimos nos ayuda a recomponer un cuadro del que habíamos olvidado muchas partes. Si bien lo que vemos hoy se sitúa en el contexto de nuestros recuerdos antiguos,

estos recuerdos se adaptan, sin embargo, al conjunto de nuestras percepciones actuales”.

Yo volví a mi ciudad a través del recuerdo que evocó ese cuadro comparativo, y justo la experiencia que vivía en ese preciso instante me llevó a estructurar más nítidamente el recuerdo, y, curiosamente ese recuerdo alimentó el suceso vivido.

Abandono el cuadro comparativo y me visita el recuerdo inmediato del hombre que me había atendido en migraciones, me detuve en la palabra “precaria” “residencia precaria” pensé en Judith Butler⁵, que para entonces la estaba leyendo, ella trabaja el concepto de “precariedad” como esa zona donde se encuentran los sujetos más vulnerados, víctimas de la segregación y discriminación, propensos a sufrir violencia estatal y social. Tuve serios líos entre la teoría y la práctica, llevándola a mi posición, a mi lugar, esta vez como extranjera, como precaria.

III.2. Primer día de trabajo como docente en tercer año de secundaria

Neuquén, Patagonia Argentina.

Sucede que lograr una estabilidad laboral no es fácil, no lo es para muchas y muchos en diferentes latitudes del mundo, mucho menos para una migrante, para una mujer, para una extranjera; pero el universo me privilegió habilitándome el escenario de la docencia en algún rincón patagónico. Ese día amanecí siendo consciente de tal privilegio, de poder trabajar dignamente y entonces entro al aula, un lugar iluminado por dos amplias ventanas, una que miraba a la calle, otra que miraba a los pasillos del colegio y por la que era posible ver a los diferentes estudiantes, directivos y docentes que pasaban de vez en vez por el lugar, distrayendo la atención de varios. El salón está en el primer piso.

Al entrar me percató también de una mesa más grande que la de los alumnos, ubicada muy cerca al pizarrón, donde, asumiendo que es para la profesora, coloqué mis

⁵ Filósofa y profesora estadounidense.

cosas al tiempo en el que saludo a los y las estudiantes. Todos y todas, se encuentran observándome detenidamente, como si estuviesen detallándome, son cerca de 16 estudiantes. Me saludan también. Me presento con mi nombre, mi profesión (psicóloga) y les cuento en qué consistirá el taller y cuáles serían las instancias de evaluación, así como las reglas del mismo. Finalizo la presentación con la pregunta ¿tienen alguna duda, consulta acerca del taller? Una alumna, muy sonriente levanta la mano, le doy la palabra y me dice “profe, tenés una tonada re linda, sos colombiana ¿no?” algunos estudiantes se ríen levemente de la pregunta, se escucha al fondo un “no, parece venezolana” otra alumna agrega “sí, profe, de dónde sos”. Con una leve sonrisa, y un tanto sorprendida porque no esperaba esa clase de preguntas, les respondo que sí soy colombiana, y me detengo en algunas diferencias entre la tonada colombiana y la venezolana para aclarar el interrogante de la otra estudiante.

De inmediato muchos alumnos y alumnas parecen interesarse, levantan la mano con frecuencia para realizar preguntas tipo: ¿Cuánto llevas en Argentina? ¿Te gusta Neuquén? ¿Cuál es la diferencia entre los argentinos y los colombianos? ¿Maluma es colombiano? ¿Es verdad que existen muchas frutas en Colombia? Y, comprendiendo la curiosidad del momento, traigo hacia mí una silla y le pido a los estudiantes que hagamos un círculo, en lo posible sin mesas, todos me acompañan en la decisión y empiezan a mover las mesas y formar el círculo, una vez estamos comienzo a responder preguntas que nunca antes en mi vida había respondido, los y las alumnas, en 60 minutos de clase, me trajeron las más lindas y añorables imágenes de mi cotidianidad en Colombia. En el proceso y a medida que conversábamos entre nosotros y nosotras, dimensioné que estaba en un aula de clases de otro país, con muchas voces y tonadas completamente nuevas, me sorprendí, me sorprendí de mí misma y de mi nuevo trabajo. Entrando en la lógica curiosa de las y los estudiantes les pregunto qué han escuchado de Colombia, cómo se imaginan ese país.

De Certeau (2000) menciona que “los relatos están animados por una contradicción donde figura la relación entre la frontera y el puente, es decir, entre un espacio (legítimo) y su exterioridad (extranjera)”. Algo así sentí yo que había ocurrido

en ese aula de clase, éramos todos y todas, los estudiantes y yo, en diversas interacciones, en un mismo encuentro. Así es como, el “extranjerismo” nos unía en ese instante, era nuestro puente.

Un estudiante, al parecer el más grande, en altura, de la clase, agrega “que las mujeres son bonitas” otra alumna (la primera estudiante que preguntó y abrió la ronda de preguntas acerca de mi nacionalidad) lo interrumpe diciéndome “mi tía fue al caribe colombiano y volvió enamoradísima de ese lugar, me dijo que algún día yo tendría que ir” y otro alumno dice “profe, yo me vi Pablo Escobar el patrón del mal, y siempre hemos escuchado que allá hay mucha merca”. Me detengo un poco en la explicación de la “cultura” narco que se ha propagado en diferentes medios de comunicación, vendiendo una imagen de un país que ya no corresponde y cómo esto mismo se ha replicado hasta hacer que la gente que quiere visitar Colombia tenga miedo y demás. De repente un fuerte timbre nos interrumpe, es el aviso de que la clase ha finalizado, los y las estudiantes guardan sus cosas, se colocan sus maletas y se dirigen a la puerta despidiéndose con frases como “adiós profe, muy copado tenerte”. Un alumno y una alumna se quedan un poco más para continuar con su ronda de preguntas, de repente, luego de algunos minutos, salen corriendo a su siguiente clase. Allí maximizo nuevamente lo ocurrido, llevándome una impresión completamente diferente que con la que llegué al aula; pues como señala Le Breton (1999) “las emociones son modos de afiliación a una comunidad social, una manera de reconocerse y de poder comunicarse juntos contra el fondo de una vivencia similar”. Allí, en medios de los y las estudiantes, tuve un sentimiento de compañía, de complicidad, una emoción positiva, pues tanto ellos como yo teníamos al frente a una cultura nueva y toda la curiosidad y alegría que produce conocerla, preguntarle, indagarla, vivíamos, aunque de forma diferente, lo mismo.

III.3. En la cotidianidad del amanecer en una chacra argentina

Plottier, provincia de Neuquén. Patagonia Argentina.

Abro mis ojos sin necesidad alguna de la alarma, así nomás, me levanto intentando buscar las sandalias a medida que arrastro los pies, sin éxito en la búsqueda decido ponerme de pie descalza, me dirijo a la ventana que se encuentra a tan sólo unos metros de la cama que me sostuvo al dormir, es un cielo bastante gris, casi que el amanecer aún no llega por completo, busco mi teléfono celular para percatarme de la hora y se marcan las 8:27 de la mañana. Algún esquema pudo haberseme roto en ese instante, fue lo primero que pensé, pues en mi lógica amanece sólo hasta las 6:00 am. No, momento, no es Bogotá, no es mi casa, es Argentina y es la Patagonia.

La noción de conciencia práctica:

“implica que los agentes sociales, en su contexto cotidiano, dejan de monitorear activamente distintas fuentes de información. Entran en el desarrollo de las acciones de los actores como supuestos, como ‘lo dado’” (Ribeiro, 1989).

Este autor logra describir cómo desde que me levanto me acompaña la noción de conciencia práctica a medida que naturalizo, por una rutina previa, elementos de mi cotidianidad, sólo al dimensionar que no es mi lugar de origen logro romper con ello.

Me visitan las increíbles ganas de volver a la cama y no levantarme hasta que el sol me salude. Pero no, me resisto a ellas y continuo a buscar qué desayunar, en el camino pienso en alguna arepa con huevos pericos, un desayuno típico colombiano, pero no, la harina aún me es imposible de conseguir en Neuquén, no, no es Bogotá, no es Colombia. Resuelvo el desayuno con pan, muy duro porque aún no consigo pan blando y dulce como el que desde pequeña comí, con café y huevos. Apoyo todo en una mesa redonda grande y de madera, estoy sola, con una ventana muy grande al frente de mí que me permite ver el afuera, es un árbol cerezo, grande, desnudo porque el invierno lo dejó así, nunca antes había desayunado con una imagen así, porque no, no es Colombia, el país donde no tenemos estaciones tan marcadas, es Neuquén es la Patagonia.

Dirigiendo mi dedo índice derecho enciendo una computadora con el objetivo de hallar novedades de mi trámite de convalidación de títulos, el mismo por el que viajé a Buenos Aires y recibí un muy mal trato del funcionario que me atendió diciéndome

que me devolviera a Neuquén o a Colombia porque la fotocopia de mi título no logró el marco del diploma, después de haberle casi rogado que me permitiera cruzar la calle y traerle una fotocopia nueva accedió a recibirme todos los documentos y efectuar el trámite a medida que mascaba chicle y subía la música de su computadora, sonriendo por verme llegar corriendo en los 3 minutos que me dio para ir y volver; pocas veces en mi vida mi pupila tembló con tal repudio como ese día, pocas veces mis mejillas abrazaron mis lágrimas como esa mañana. Después de traer a mi memoria tan deplorable recuerdo ingreso a la página y trascurridos 19 meses el trámite continúa en mesa de entrada, seguramente en el mismo cajón que aquel hombre abrió ese día frente a mi mirar adolorido. En fin, después de un sorbo de café y un intento de olvidar el trámite quiero saber de los míos, escuchar un acento parecido al mío, así que, dejando el desayuno en la mesa, prendo el computador y digito en Google “la X, más música” la emisora bogotana con la que siempre pedaleaba camino a la Universidad, la logro, la logro justo en propaganda, nunca me permití escuchar las propagandas porque no me gustan, esta vez fui feliz escuchándolas, cada propaganda me llevaba a alguna imagen atrás, el éxito un supermercado cercano a casa, Titan Plaza el centro comercial al que siempre iba. Decido llamar a mi madre, por whatsapp, que ahora parece aliado de los que nos encontramos lejos de otros y otras, no contesta. Le Breton (1999) señala que “para que un sentimiento (o una emoción) sea experimentado y expresado por el individuo, debe pertenecer de una u otra forma al repertorio cultural de su grupo”. Quizá en ese momento yo buscaba eso, impulsada por la nostalgia y el extrañamiento, buscaba una emoción que me recordara que pertenecía a un grupo, a los míos.

Vuelvo a la mesa redonda, continuo con el desayuno a medida que la claridad del amanecer penetra la ventana frente a mí, de repente un sonido: mi celular, me apresuro a contestar porque algo de mí cree es mamá devolviéndome la llamada, pero no, es un número nacional Argentino, contesto, y en una conversación bastante confusa en la que debí repetir una y otra vez la frase “no soy ese señor, yo recién tengo este chip” comprendo que sólo las operadoras de alguna entidad de cobranza llama a mi teléfono, además preguntando por Luis Calcumil, un hombre que jamás conocí.

IV. Observación etnográfica N°2: cómo descubrí que soy brasileña

En 1492, los nativos descubrieron que eran indios, descubrieron que vivían en
América,
descubrieron que estaban desnudos,
descubrieron que existía el pecado.
Eduardo Galeano, 2002.

IV.1. Chile, enero de 2007.

Bajé del avión. Mientras cruzaba los pasillos del aeropuerto de Santiago me encontré con una enorme y flamante bandera chilena. Me detuve algunos segundos a mirarla. Enseguida paseé los ojos por las señales indicativas y las publicidades. Todo en español e inglés, dos idiomas ajenos a mí. En ese preciso instante me sentí extranjera por primera vez. En migraciones supe que el español no es tan parecido al portugués como me habían dicho y me vi deseando no tener ningún problema porque simplemente no sabría qué ni cómo decir nada. Salí del aeropuerto y mis oídos se sorprendieron. El año anterior frecuenté clases de español. En los primeros minutos en territorio chileno supe la diferencia entre ir a clases dos veces por semana y tener que habitar otro idioma. La tarde fue de extrañeza. El aire, los olores, el primer encuentro con la comida, la manera de saludar, todo absolutamente nuevo.

Pocas semanas después ya podía mantener conversaciones en un *portuñol* cada vez más cercano al idioma local. Las preguntas que me hicieron se repitieron en torno a:

“¿Eres de Brasil? Qué lindo. La gente allá es siempre tan alegre. ¿Me enseñas a sambar? ¿No sabes sambar? ¿Qué tipo de brasileña eres que no sabe el baile típico de su país? ¿Has estado en el Carnaval de Río? ¿De qué equipo de fútbol eres? ¿De qué ciudad vienes? ¿Eso está cerca de Florianópolis?”.

En poco tiempo descubrí que ser brasileña me vinculaba al fútbol y al samba, aunque en mis 23 años de vida en Brasil aquellos nunca fueron temas de mi interés. Descubrí también que tenía que ser alegre, saber bailar, terminar cada palabra en "iño" y decir cosas como "más grande do mundo". Aprendí que a pesar de su grande extensión territorial, Brasil sólo tenía tres ciudades: Río de Janeiro, Sao Paulo y Florianópolis. En un primer momento me pareció divertido conocer las percepciones y expectativas que las personas con las que me encontraba tenían de Brasil, hasta que me di cuenta de que salir de un estereotipo no es fácil. Después de haber pasado seis meses escuchando siempre el mismo chiste, "ah, eres de Brasil, el país más grande del mundo" y corrigiendo el error diciendo que Brasil es tan sólo el quinto país más grande del mundo y que allá lo sabemos, me harté y le pregunté a mi interlocutor porque decía eso. Él, con mucha naturalidad y una sonrisa simpática respondió "es que ustedes hablan así", al que le pregunté cómo lo sabía, si minutos antes me había dicho que jamás había salido de Chile. Sin cambiar la expresión, él me respondió que había un humorista chileno que imitaba a la gente de Brasil siempre diciendo venimos del "país más grande do mundo" y que hablamos con todas las palabras terminadas en "iño". Fue ahí cuando sentí aquello de la representatividad. ¿Cómo era posible que la palabra burlona de un humorista extranjero tuviera más peso que la de una mujer nacida y criada en Brasil? Durante los seis años que viví en Chile escuché los mismos chistes. Me sentí obligada a corregir las informaciones erróneas y ampliar la mirada sobre mi país de origen; en primera instancia para que yo tuviera un lugar cómodo como extranjera, pero después. Muchas personas se mostraban interesadas en saber de Brasil por una brasileña, otras tantas, sin embargo, prefirieron evitar el esfuerzo de desconstruir preconceptos.

IV.2. Trámites migratorios

La primera vez haciendo trámites migratorios marcan un hito en las que migramos a otro país. Se comprende qué es la nacionalidad cuando no se puede gozar

de ella y se ocupa un lugar ajeno a la sociedad a la que llegamos como migrantes, aun cuando la habitamos.

Después de juntar papeles, ir de una oficina a otra, esperar, poner la sonrisa más dulce para convencer a la o el funcionario de migraciones para que atendiera con buena disposición, fui a la Policía de Investigaciones. Allá tendría que registrar mi dirección, permitir la captura de huellas digitales, presentar certificado de antecedentes para poder finalmente solicitar la visa temporaria. Un funcionario me atendió con la cordialidad impostada típica de las fuerzas policiales. Antes de recibir mis papeles me preguntó de dónde venía, por qué estaba en Chile, mi profesión, fuente de renta, si yo tenía novio, si pretendía casarme y tener hijos, si sabía sambar, de qué equipo de fútbol era hinch, si ya había vivido en otro país antes, por qué me fui al sur y no a otro lugar, si la vida en Brasil estaba muy mala para que yo quisiera migrar, a qué se dedicaban mi padre y mi madre. Estando yo sola en una pequeña oficina con él, sintiendo su mirada inquisidora y visiblemente no muy entusiasmada con la llegada de migrantes a su tierra, me sentí vulnerable. El funcionario soltó algunos comentarios como "está lleno de bolivianos y peruanos queriendo entrar a Chile porque la economía acá es fuerte". Intenté que no se me notara la incomodidad. Respondí a cada pregunta con la esperanza de que fuera la última.. Él recibió y revisó mis papeles corroborando que allí estuvieran algunos de los datos que le di oralmente. Ya al final de la charla me invitó a salir con él a tomar un trago. Le sonreí y dije que tenía novio. Él preguntó quién era mi novio, dónde vivía, a qué dedicaba, o sea casi las mismas preguntas que me había hecho antes. Al ver que mis respuestas eran coherentes me dejó ir no sin antes decir que "ojalá llegasen más brasileñas lindas como tú acá y no esas colombianas negras que vienen sólo a se prostituir". No fui capaz de responder por miedo a que me perjudicara para obtener la tan necesaria visa. Esboqué una sonrisa como pude y salí rápido de allá. En ese momento me di cuenta de que tener la piel blanca, ser brasileña y no prostituta me permitía algunos "privilegios". No me sentí ni más contenta o protegida. La rabia llegó hasta mis manos y las apreté con fuerza. Me pregunté cómo sería la experiencia de aquellas mujeres negras que

migraban y se dedicaban al trabajo sexual. ¿Y si fuera yo? ¿Si yo fuera boliviana o peruana? Pocos pasos después la rabia se hizo angustia y me apretó el pecho. Lloré. No fue la única vez que salí así de una oficina migratoria, infelizmente.

IV.3. Argentina, septiembre de 2015.

Al cruzar la cordillera me encontré con un país cuya gente conocía mucho más de Brasil, lo que se evidenció cuando varias personas reconocían el nombre de la ciudad de que vengo y también cuando nombraban otros puntos geográficos. Pensé que podría estar menos comprometida el puesto de embajadora cultural informal de Brasil. Después de la experiencia en Chile, los trámites migratorios en Argentina me parecieron sencillos y no tengo malos recuerdos de ningún funcionario o funcionaria.

Mi venida a Argentina fue motivada por el deseo de iniciarme en el oficio de narradora oral. Ingresé a una escuela de cuentacuentos y a los pocos meses participé de mi primer festival. A pesar de mi corta experiencia fui presentada como narradora internacional, sin ahorro en bombos y platillos. En una conversa con la directora de la escuela, fui orientada sobre qué yo debería hacer para tener más visibilidad como narradora. Hablamos de algunos temas técnicos como repertorio, hasta que llegamos al vestuario. Ella me recomendó que me presentara con "algo bien brasilero, verde y amarillo y plumas en la cabeza (...)". Una vez más sentí la mirada de una nativa frente a una exótica pidiendo que ésta se comporte según lo que aquella conoce sobre la identidad de otra. Fui colocada en la posición de representante de Brasil por el simple hecho de haber nacido allá y tener una tonada indisimulable. Entonces ¿qué es lo que yo quería mostrar: una imagen estereotipada fácilmente reconocible por la mirada del/a otro/a o algo que yo sintiera más cercano y coherente con mis historia de vida y cultura matriz? Al final, ¿qué es representar el lugar de origen? ¿Será necesario vestirme de brasilera para convencer al otro/a de que lo soy?

IV.4. Brasil, febrero de 2016

Llegué al aeropuerto de Sao Paulo en la madrugada. Caminé muy feliz hacia la fila para nacionales en migraciones. El funcionario miró mi pasaporte y dijo "bienvenida de vuelta". Durante las horas de la conexión hasta el próximo vuelo, fui a un café comprar *pão de queijo* y jugo de guayaba, algunos de los sabores que más extraño. Cuando fui a pedir vi que mi portugués titubeaba y que tenía hacer esfuerzo para entender a la moza. Pasar once meses por año hablando, escribiendo y pensando en un idioma extranjero tiene sus consecuencias.

Gracias al mundial de fútbol del 2014, la ciudad de Natal, mi hábitat por 16 años, cambió. Aterricé en un aeropuerto nuevo. Al día siguiente, tomé el auto de mi madre y tuve que usar el GPS para conocer las nuevas rutas para destinos que solían ser habituales. A los 18 años aprendí a manejar allá. Conocía las calles y los flujos del tránsito. De pronto parecía que me habían cambiado la ciudad.

Llegó el Carnaval. La gente en la calle bailaba canciones que yo reconocía, se comentaban noticias que me parecían ficción, yo no sabía que azul era el color de moda y que la paleta mexicana se tornó pasión nacional. Más de una persona me preguntó, medio en broma medio en serio en qué mundo yo vivía. Vivo en Argentina pero antes estuve en Chile, respondí. "Ah, claro, porque allá es mejor que acá, ¿no?". No, es simplemente diferente, ni mejor ni peor. Ni el idioma, el pasado, linaje familiar o pasaporte fueron suficientes para hacerme sentir parte de mi país de origen. En Brasil no soy tan brasileña como lo soy afuera. Allá soy alguien que migró y que ya no conoce la vida como transcurre en estos días en la tierra que solía ser "mía". No conozco las novelas de moda, el precio del pan o las líneas de colectivo.

La extranjería se tornó territorio, como una nube que cruza cielos sin tocar la tierra. Nadie me había advertido que la migración es irreversible, aun cuando se vuelva al país de origen.

V. Para concluir. Las alas no siempre son de plumas.

Compartir entre nosotras y con ustedes nuestra experiencia migratoria conlleva a hacerlas y hacerlos parte de las alegrías, de los encuentros fortuitos con estudiantes que trascienden el aula y abrazan encuentros⁶; es hacerlos partícipes también de los obstáculos, de las incomodidades y de las injusticias que como migrantes vivimos. Imágenes y experiencias que van desde la violencia institucional en una sala de la Dirección Nacional de Migraciones cuyas instalaciones evidencian un claro abandono, donde la atención al migrante es caracterizada por estereotipos sin fundamento y ofensivos, imágenes que narran la dificultad de conseguir empleo y la felicidad de hallarlo como “privilegio”, o el desconcierto de un trámite de convalidación de títulos víctima del olvido en algún cajón en Buenos Aires; todas imágenes que atentan contra el “derecho a migrar” cobijado por la Ley 25.871. Sobre este párrafo valdría la pena señalar lo siguiente: tres años después de escribir las observaciones etnográficas las instalaciones de Migraciones en Neuquén continúan en un estado bastante deprimente, con los baños clausurados, la humedad en las paredes crece incesantemente, las sillas son apoderadas por la suciedad y el olvido en rotos, etc. Cuando nosotras migramos los trámites de acceso a un DNI eran distintos a los que hoy sostiene la Dirección Nacional de Migraciones, mediante la creación e implementación del sistema RADEX (Radicación a distancia de extranjeros) en el que el trámite se inicia virtualmente, con tiempos difíciles de comprender y conversar; así se violenta el derecho de las y los migrantes que no tienen acceso a una computadora, convirtiéndose en una eficaz forma para lograr la expulsión de migrantes que no pudieron jamás regularizar su situación migratoria.

Estas experiencias que decoran la cotidianidad del y de la migrante son tan sólo algunas de las tantas que proliferan en los gobiernos neoliberales; así atrevemos a

⁶ Hallamos en la docencia el mejor lugar de resistencia y encuentro con las y los otros, con los y las argentinas. Celebro la oportunidad que me brindó la Patagonia, de acompañar trayectos de formación, pero por sobre todo de sentirme acompañada por mis estudiantes en este vuelo, en este viaje.

realizar un abordaje etnográfico de nuestra propia cotidianidad y experiencia se convierte también en un modo de resistencia y reclamo, el ejercicio narrativo y reflexivo, si se quiere, nos posiciona en un lugar completamente diferente de aquel que solo observa una realidad y la detalla narrativamente; aquí observar y detallar implicó una movilización absoluta de sentimientos, emociones y sensaciones, pues la realidad que buscábamos comprender y analizar era la nuestra, entonces la etnografía se tornó espejo y pudimos observarnos, encontrarnos.

Una peculiaridad que se percibe también en el trabajo de Alvites Baiadera (2018) es el hecho de que en la subjetividad de muchas personas migrantes está presente la noción de *sobrevivencia* frente a los obstáculos institucionales encontrados en el nuevo país de residencia. En el momento mismo del cruce en un paso fronterizo, es común presenciar un tenso silencio, más o menos breve, en el momento en que una persona presenta sus papeles y espera, como un veredicto, si el o la funcionaria que atiende sólo chequeará datos y permitirá el ingreso al país o, de pronto, hará preguntas y exigencias a las cuales sabe que no habrá resistencia; quien migra se reconoce en una situación de asimetría de poder que no le favorece. En el cotidiano migrante, todos los trámites para poder estar en situación regular abren puertas a preguntas sobre la vida privada que no siempre deseamos responder. Sobrevivir a los trámites migratorios, a la mirada del otro o la otra nuestros cuerpos, costumbres, acentos, es moneda corriente. Pocas son las instancias de denuncia o simple desahogo frente a los momentos ingratos de ser migrante.

Es por ello, que la experiencia misma de escritura fue para nosotras la posibilidad de percibirnos y conversar con las mujeres, investigadoras y migrantes que llevamos como roles identitarios impresos en cada una de nuestras cotidianidades. Como señaló De Certeau (2000) "todo relato es un relato de viaje, una práctica del espacio. Por esta razón, tiene importancia para las prácticas cotidianas". Aquí dimensionamos la relevancia del presente trabajo: continuamos viajando; y el viaje implica en ocasiones alzar la voz en la exigencia de nuestros derechos. Nos fue indiscutible preguntarnos

por la importancia de las fronteras, por esos espacios que dividen un lugar del otro y que en ocasiones condicionan interacciones; trayendo a De Certeau (2000):

“La paradoja de la frontera: creados por los contactos, los puntos de diferenciación entre dos cuerpos son también puntos en común. La unión y la desunión son indisociables. De los cuerpos en contacto, ¿cuál de ellos posee la frontera que los distingue? Ni uno ni otro. Es decir: ¿nadie?”.

Nos pareció que dicha paradoja ejemplifica de forma muy acertada las relaciones que subyacen en el hoy, encuentros que transgreden fronteras, o en el mejor de los casos las ignoran, las olvidan, se tornan prescindibles. Así, nos fue posible el abordaje etnográfico de una misma experiencia desde dos cotidianidades diferentes.

Asimismo, no podemos dejar de lado la discusión migración – género, nuestros relatos indudablemente responden al universo de lo femenino, al de dos mujeres que migraron solas, sí, solas, pero que en la compañía entre una y otra hallaron los bordes de la sororidad en un país en el que se fortalece día a día el movimiento de mujeres. Migrar nos acercó a lecturas feministas, y el feminismo nos hizo parte de su lucha, estamos convencidas que atravesar fronteras es también subvertir y cuestionar estereotipos de género, que no necesitamos de alguien más para volar, que el viaje mismo nos enseña a cuidarnos. Volar, migrar, viajar son verbos que potencian la agencia en nosotras, en todas las mujeres de todas las etnias, culturas y nacionalidades y esto debe comprenderse en los gobiernos de ultraderecha que cierran fronteras y agudizan el patriarcado. Cuando migramos una vez lo hacemos muchas veces más, pese a la discriminación por nuestro género, clase o nacionalidad. El viaje no termina, continua.

De esta manera, valdría la pena mencionar que parte de este trabajo fue escrito en una de las fechas claves en la agenda feminista: un 25 de noviembre, el día internacional contra la violencia a la mujer, esta fecha fue decidida así en un encuentro de mujeres de toda Latinoamérica que migraron para encontrarse décadas atrás; este texto, como desde el comienzo lo señalamos, fue nuestro encuentro y voz, y la etnografía nuestra bandera, nuestro puente. Narrar, etnográficamente, la cotidianidad

del vuelo nos mostró que las alas no siempre son de plumas, también de coraje, de sentimiento que moviliza a la mujer elevándola sobre las más importantes luchas de su vida.

Bibliografía:

ALVITES BAIADERA, Angélica. (2018). Peruanos en el cruce de frontera hacia Argentina. Reflexiones sobre las políticas de control Migratorio desde las subjetividades de los migrantes, en *REMHU: Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 26(53), 171-186.

BUTLER, Judith. (2009). Performatividad, precariedad y políticas sexuales, en *AIBR*, 4(3), 321- 336.

CEA-MERINO, Pastor, GALAZ VALDERRAMA, Caterine y MONTENEGRO-MARTÍNEZ, Marisela. (2015). La construcción social de las mujeres inmigrantes en los discursos de la academia, en *Psicoperspectivas*, 14(2), 28-39.

DE CERTEAU, Michel. (2000). *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.

DA MATTA, Roberto. (1997). Espaço - Casa, rua e outro mundo: o caso do Brasil, en *A casa & a rua. Espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil* (pp. 29-63). Río de Janeiro, Brasil: Rocco.

GALEANO, Eduardo. (2012). *Los hijos de los días*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

HALBWACHS, Maurice. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensa Universitaria de Zaragoza.

LE BRETON, David. (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva visión.

RIBEIRO, Gustavo Lins (1989). Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica, en *Cuadernos de Antropología Social*, (2)1, 194-19.